

WATCHMAN NEE

SENTAOS,
ANDAD, ESTAD
FIRMES



SENTAOS, ANDAD, ESTAD FIRMES

WATCHMAN NEE

Contenido:

Introducción

Sentaos

Andad

Estad firmes

Introducción:

Si la vida del creyente ha de agradar a Dios, es necesario que ésta se ajuste enteramente a Él. Con excesiva frecuencia, en la aplicación de este principio a nuestras vidas, enfatizamos sólo algún detalle de nuestra conducta o de nuestro servicio a Dios. Por consiguiente, muy a menudo no logramos apreciar la magnitud del ajuste que tenemos que hacer, y el punto en que deberíamos comenzar. Pero Dios juzga todo, el principio y el fin, por las perfecciones de su Hijo. Las Escrituras afirman claramente que a Dios le ha placido «reunir todas las cosas en Cristo. . .en quien asimismo tuvimos herencia" (Ef. 1:9-11). Es mi sincero ruego que, en las páginas de este libro, sean nuevamente abiertos nuestros ojos y veamos que sólo acentuando debidamente este punto, podremos esperar la realización del propósito de Dios para nuestras vidas, a saber, "que seamos para alabanza de su gloria" (1:12).

Servirá de fondo a nuestras meditaciones la epístola de Pablo a los Efesios.

Como tantas de las otras epístolas del apóstol, ésta también tiene dos partes: una doctrinal y otra práctica. La parte doctrinal, que abarca los capítulos 1 al 3, trata principalmente de los grandes hechos de la redención que Dios ha obrado para nosotros en Cristo. Luego, la sección práctica, que encierra los capítulos 4 al 6, nos presenta, a la luz de esta redención, las demandas de Dios en lo que se refiere a la conducta y al celo. Ambas partes están íntimamente ligadas, pero, como se verá, el énfasis en cada caso es distinto.

Además, la segunda mitad, la parte práctica, puede ser, a su vez, convenientemente subdividida según su tema en una sección larga, que corre desde el 4:1 hasta el 6:9, y una segunda y más breve, que se extiende desde el 6:10 hasta el final. La primera parte se relaciona con la vida que llevamos en medio del mundo; la segunda, con el conflicto que sostiene el creyente con el diablo.

De modo que tenemos, en total, tres subdivisiones de la epístola a los Efesios, presentando: 1) la posición que ocupa el creyente en Cristo (1:1-3:21); 2) su vida en el mundo (4:1-6:9); y 3) su actitud hacia el enemigo (6:10-24). Podríamos resumirlo de la siguiente manera:

Efesios

A. Doctrinal (capítulos 1-3)

1. Nuestra posición en Cristo (1:1-3:21)

B. Práctica (capítulos 4-6)

2. Nuestra vida en el mundo (4:1-6:9)

3. Nuestra actividad frente al enemigo (6:10-24)

De todas las epístolas de Pablo, es en la de Efesios que encontramos los valores más altos en lo que a la conducta del creyente se refiere. La carta abunda en riquezas espirituales, sin embargo, es intensamente práctica. La primera mitad de la carta revela que nuestra vida en Cristo es una de unión con Él en lugares celestiales. La segunda mitad nos enseña, en términos muy prácticos, cómo hemos de vivir esa vida, los que estamos sobre la tierra. No es nuestro propósito dar un estudio detallado de la epístola; sólo examinaremos algunos de los principios céntricos que en ella se encuentran. Para este fin emplearemos una palabra clave que, creemos, expresa la idea central de cada sección.

En la primera división de la carta notaremos la palabra sentar (2:8), clave de esa sección, que contiene el secreto de una verdadera experiencia cristiana. Dios nos ha hecho sentar con Cristo en lugares celestiales, y todo creyente tiene que comenzar su vida espiritual desde ese punto de descanso.

En la segunda división tomamos la palabra andar (4:1), como expresiva de nuestra vida en el mundo, que es, justamente, el tema de esta parte. En ella se nos exhorta a manifestar en nuestro andar una conducta que esté a la par con nuestra elevada vocación.

Finalmente, en la tercera división, hallamos la clave de nuestra actitud frente al enemigo en las palabras estar firmes (6:11), que expresan nuestro lugar de victoria al fin.

De manera que tenemos:

PALABRAS CLAVES EN EFESIOS

1. Nuestra posición en Cristo — "SENTAR" (2:6)
2. Nuestra vida en el mundo — "ANDAR" (4:1)

3. Nuestra actitud frente al enemigo — "ESTAR FIRMES" (6:11)

La vida del creyente siempre presenta estas tres actitudes: hacia Dios, hacia el hombre, y hacia los poderes satánicos. Para ser un instrumento útil en las manos de Dios el hombre debe estar en buen ajuste: en su posición, en su vida diaria, y en el combate contra las fuerzas del mal. No satisface las exigencias de Dios, si resta importancia a cualquiera de ellas, porque cada una es una esfera en que Dios desea expresar "la gloria de su gracia, con la cual nos agradó en el Amado" (1:8, VHA). Tomaremos entonces estas palabras, "Sentaos", "Andad", "Estad firmes", como índices de la enseñanza de esta epístola, y como texto de su presente mensaje a nuestros corazones. Será de mucho provecho observar tanto el orden como la relación en que aparecen.

1

Sentaos

El Dios de nuestro Señor Jesucristo . . . le levantó de entre los muertos, y le sentó a su diestra en las regiones celestiales, muy por encima de todo gobierno y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra no sólo en este siglo, sino en el venidero (Efesios 1:17-21, VM).

Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús . . ., porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto

no de vosotros, pues es don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe (2:6-9).

“Dios . . . le sentó . . . y asimismo nos hizo sentar.” Consideremos primeramente lo que implica esta palabra "sentar".

Como ya hemos dicho, revela el secreto de una vida celestial. La vida cristiana no empieza con caminar; empieza con sentarse. La era cristiana comenzó con Cristo, de quien leemos que, "habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de Sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (He. 1:3). Con igual acierto, podemos decir que la vida individual cristiana comienza cuando el hombre se ve "en Cristo", es decir, cuando, por fe, nos vemos sentados con Él en lugares celestiales.

La mayoría de los creyentes yerran, procurando andar a fin de poder sentarse y descansar, pero eso es invertir el orden. El raciocinio humano nos dice que si no andamos no alcanzaremos nuestro objetivo. ¿Qué podemos lograr sin esfuerzo? ¿Cómo es posible avanzar si no nos movemos? Pero la vida de fe es una cosa extraña. Si al comienzo nos esforzamos por hacer, nada logramos. Si nos afligimos por obtener, perdemos todo. La razón está en que el cristianismo se inicia no con mucho hacer, sino con un gran: "Consumado es". Así vemos que la carta a los Efesios comienza declarando que Dios nos "ha bendecido con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo" (1:3) y, desde un principio, se nos convida a que nos sentemos para disfrutar lo que Dios nos ha dado, y no a que hagamos algo nosotros mismos.

El andar implica esfuerzo, mientras que Dios dice que somos salvos "no por obras" —no por nuestro

esfuerzo— sino "por su gracia. . .por medio de la fe" (2:8). Muy a menudo usamos la expresión "salvos . . . por la fe", pero ¿qué indicamos con ella? Lo que queremos decir es que somos salvos por confiar en el Señor Jesucristo. Nada hicimos por salvarnos; sencillamente descargamos en Él el peso de nuestras almas pecaminosas. Comenzamos nuestra vida de creyente dependiendo, no de nuestras obras, sino de lo que Cristo ya había hecho. Quien no haya hecho esto, no es creyente. Pues el primer paso en la vida de fe es decir: "Nada puedo hacer por salvarme, pero Dios, en su gracia, ha hecho para mí todo lo necesario en Cristo". La vida cristiana, del principio al fin, descansa sobre la base de una completa dependencia en el Señor Jesús. No existe límite a la gracia que Dios desea derramar sobre nosotros. Él nos dará todo, pero nada podremos recibir mientras no descansemos en Él. Sentarnos indica actitud de descanso. Algo se ha concluido, cesa el trabajo y nos sentamos. Es paradójico pero también cierto que, en la vida de fe, sólo avanzamos si primero hemos aprendido a sentarnos.

En realidad ¿qué significa "sentarnos"? Mientras caminamos o estamos de pie, cargamos todo el peso de nuestro cuerpo sobre las piernas, pero cuando nos sentamos todo el peso del cuerpo, no importa cuánto sea, descansa sobre la silla en que nos sentamos. Nos cansamos cuando caminamos o estamos de pie, pero muy pronto desaparece el cansancio cuando nos sentamos. Andando, o parados, expendemos energías pero al sentarnos inmediatamente descansamos, porque la carga no está ya sobre nuestros músculos y nervios sino en algo fuera de nosotros. Del mismo modo, en la esfera espiritual, sentarnos significa sencillamente descargar todo el peso, nuestra carga, nosotros mismos,

nuestro futuro, todo, en el Señor. Dejamos que El lleve la carga y ya no procuramos llevarla nosotros.

Esto ha sido norma divina desde el principio. En la creación Dios obró desde el primer día hasta el sexto y el séptimo descansó. Podemos decir que durante esos seis días Dios estaba muy ocupado. Pero, terminada la tarea que se había impuesto, cesó de obrar. El séptimo día vino a ser el sábado de Dios: el descanso de Dios.

Pensemos en Adán. ¿Cómo se relacionaba su posición con ese descanso de Dios? Se nos narra de Adán que fue creado el sexto día. Evidentemente, pues, no tuvo parte alguna en aquellos primeros seis días de trabajo, porque su existencia comenzó al fin de ellos. El séptimo día de Dios no era, en realidad, sino el primero de Adán. Mientras Dios obró seis días y después disfrutó su sábado, la vida de Adán comenzó con el sábado. Puesto que Dios obra antes de entrar en el descanso, el hombre primero tiene que entrar en el descanso de Dios, y recién entonces puede obrar. Además, fue porque la obra de Dios estaba realmente completada que el hombre pudo iniciar su vida en el descanso. He aquí el Evangelio: que Dios se ha extendido aun más, y completado también la obra de salvación, de modo que nosotros nada necesitamos hacer por merecerla, sino que por fe podemos entrar a participar ya directamente de los beneficios de su obra consumada.

Sabemos bien, que entre estos dos hechos históricos (el descanso de Dios en la creación y su descanso en la obra de redención) se encuentra toda la trágica historia del pecado de Adán y su juicio, de los esfuerzos incesantes e infructuosos del hombre, y de la venida del Hijo de Dios para obrar y darse a sí mismo hasta que la posición perdida fuese recobrada. "Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro" fueron sus palabras, hasta

que al fin, habiendo concluido su obra de redención, pudo exclamar: "¡Consumado es!"

En virtud de aquel grito de triunfo, la comparación que hemos hecho es acertada. El Evangelio realmente significa que Dios ha hecho todo en Cristo, y que nosotros sencillamente entramos por medio de la fe al goce de ese glorioso hecho. Claro está, que en su contexto nuestra palabra clave no significa una orden de sentarnos, sino el deseo de que nos veamos sentados con Cristo. El apóstol ruega que los ojos de nuestro entendimiento sean abiertos (1:18) para comprender el contenido de esa verdad de doble significado, que Dios primero, por su gran poder, le ha hecho sentar a Él; y luego por su gracia, a nosotros "nos hizo sentar con Él". Así, la primera lección que corresponde aprender es que la obra no es nuestra, sino la suya. No somos nosotros los que obramos para Dios, sino que El obra para nosotros. Dios nos da esa posición de descanso. Dios trae la obra consumada de su Hijo y nos la presenta, y luego dice: "Sentaos". Su ofrecimiento, creo yo, no puede ser expresado en términos más apropiados que las palabras de invitación a aquel gran banquete, en Lucas 14:17: "Venid, que ya todo está aparejado". De manera que comenzamos nuestra vida de creyentes, no obrando, sino descubriendo lo que Dios ya ha provisto.

EL ALCANCE DE SU OBRA CONSUMADA

Partiendo de este punto la experiencia del creyente sigue, como comenzó, no en base a su propio obrar, sino siempre en base a la obra consumada de Otro. Cada nueva experiencia espiritual se inicia con la aceptación por fe de lo que Dios ha hecho: un nuevo "sentarnos", por decirlo así. Esto es una norma de vida, y

Dios mismo la ha establecido; de modo que, desde el principio hasta el fin, cada etapa sucesiva de la vida del creyente sigue este principio divinamente establecido.

Por ejemplo, ¿cómo puedo recibir poder del Espíritu para el servicio? ¿Tengo que trabajar por él? ¿Tengo que suplicar, o afligir mi alma en ayunos y quebrantamiento a fin de merecerlo? ¡Nunca! Eso no es lo que enseñan las Escrituras. Hagamos memoria: ¿Cómo fue que recibimos el perdón de los pecados? Efesios 1:6-8 nos afirma que fue por "las riquezas de su gracia", "con la cual nos agradó en el Amado" (véase verso 6, VHA). Nada hicimos por merecer el perdón. Nuestra redención es en Cristo y, "por medio de su sangre". Es nuestra en virtud de lo que El ha hecho.

¿Cuál, pues, es la base bíblica para el derramamiento del Espíritu Santo? Es la exaltación del Señor Jesucristo (Hch. 2:33). Recibo el perdón de mis pecados porque Cristo murió por mí en la Cruz; recibo el poder del Espíritu Santo porque Él fue ensalzado a la diestra de la Majestad en las alturas. Como el Espíritu Santo es dado porque el Señor Jesucristo fue glorificado, el don del Espíritu no depende de lo que yo sea o de lo que yo haga. No recibí el perdón por algo que yo había hecho, y tampoco recibo el Espíritu Santo por algún hecho mío. Recibo todo, no por "andar" sino por el "sentarme", vale decir, por descansar en el Señor Jesucristo. Así que, como no hay necesidad de esperar para tener las primeras experiencias de la salvación, tampoco es necesario esperar el derramamiento del Espíritu. Permítaseme asegurar que no hay necesidad de suplicar a Dios por este don, ni agonizar, ni celebrar reuniones a fin de esperarlo. El Espíritu Santo se recibe, no por nuestro "hacer" sino por razón de la exaltación del Señor Jesucristo, "en quien también, desde que creísteis,

fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa": esto está incluido en el Evangelio de vuestra salvación (1:13).

O bien consideremos otro tema, uno que es el tema especial de Efesios. ¿Cómo llegamos a ser miembros de Cristo? ¿Qué es lo que nos pone en condiciones para formar parte de aquel Cuerpo al cual Pablo llama la plenitud de Cristo? Ciertamente no lo lograré por caminar. No soy unido a Él por esfuerzo propio alguno. "Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación" (4:4). Efesios nos presenta hechos consumados. Comienza con Jesucristo y con el hecho de que Dios nos escogió en Él antes de la fundación del mundo (1:4). Cuando el Espíritu Santo nos revela a Cristo y creemos en Él, de inmediato, sin hacer nada de nuestra parte, comienza para nosotros una nueva vida en unión con Él.

Si lo que ya hemos dicho es cierto en lo que respecta al perdón de los pecados y al don del Espíritu Santo, ¿qué de nuestra santificación? ¿Cómo podemos ser libres del pecado? ¿Cómo es crucificado el viejo hombre? De la misma manera. El secreto está, no en "andar" sino en "sentarnos", no en procurar hacer, sino en descansar en la obra ya consumada. "Nosotros. . . morimos al pecado. . . en su muerte fuimos bautizados. . . fuimos pues, sepultados con Él", "Dios . . . nos dio vida juntamente con Cristo" (Ro. 6:24, VM; Ef. 2:5). Todas estas afirmaciones se encuentran en tiempo pasado (el aoristo del griego). ¿Cómo se explica esto? Por razón de que Cristo fue crucificado en las afueras de Jerusalén hace unos dos mil años, y yo fui crucificado juntamente con Él. Esta es la realidad histórica. La experiencia suya viene a constituirse en la historia mía, de manera que Dios, puede ya hablar de mí como poseyendo todo "en

Él". Todo lo que ahora tengo, lo tengo "con Cristo". En las Escrituras nunca se refiere a estas cosas en el tiempo futuro, ni como cosas que se deberían desear en el presente. Son, en cuanto a Cristo, verdad histórica, y todos los que creemos participamos de ellas.

Los conceptos "con Cristo" crucificado, vivificado, resucitado, sentado en lugares celestiales, son tan confusos al sentido humano, como lo fueron las palabras del Señor a Nicodemo en Juan 3:3. Allí el asunto era cómo nacer otra vez. Aquí es algo aun menos probable: algo que no sólo se tiene que efectuar en nosotros, como el nuevo nacimiento, sino algo que tiene que ser visto y aceptado como nuestro por la sencilla razón de que ya se efectuó en aquel Otro hace ya años. ¿Cómo puede ser esto? No se puede explicar. Tenemos que aceptarlo de manos de Dios como algo que El ha hecho. No nacimos juntamente con Cristo, pero sí fuimos crucificados juntamente con Él (Gá. 2:20). De modo que nuestra unión con Cristo se inició con su muerte. Dios nos incluyó en El allí. Estuvimos "con Cristo" porque estábamos "en Él".

Sí, pero ¿cómo puedo estar seguro de que estoy "en Cristo"? Podemos estar seguros porque la Biblia afirma que es así, y que es Dios quien nos ha puesto allí. "Mas por Él [Dios] estáis vosotros en Cristo Jesús" (1 Co. 1:30). "El que nos confirma con vosotros en Cristo . . . es Dios (2 Co. 1:21). Es algo hecho por Él en su soberana sabiduría, para ser visto, creído, aceptado y gozado por nosotros.

Si coloco un billete entre las páginas de una revista, y luego quemo la revista, ¿qué pasa con el billete? Lo mismo que con la revista: los dos quedan hechos ceniza. Lo que le acontece a la revista, le acontecerá igualmente al billete que ha sido colocado en ella. La historia de ambos es una sola. Del mismo modo,

Dios nos ha colocado en Cristo. Lo que le sucede a Él, alcanza a nosotros también. Todo lo experimentado por Él, lo experimentamos también nosotros en Él. "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Ro. 6:6). Esto es historia: nuestra historia escrita antes de que nacióramos. ¿Lo crees? ¡Es la verdad! Nuestra crucifixión con Cristo es un hecho histórico glorioso. Nuestra liberación del pecado se basa, no en lo que nosotros podamos hacer, ni aun en lo que Dios hará por nosotros, sino en lo que Él ya ha hecho para nosotros en, Cristo. Si comprendemos esto y descansamos en El (Ro. 6:11), hemos hallado el secreto de la vida santa.

Pero la verdad es que muy poco de esto conocemos en la práctica. Por ejemplo, si alguien dice algo no muy lindo de ti en tu presencia, ¿cómo reaccionas? Comprimes los labios, muerdes la lengua, tragas saliva y haces un gran esfuerzo por contenerte, y, si a base de mucho esfuerzo consigues disimular el enfado y conservar una buena compostura, consideras que has logrado una gran victoria. Pero lo malo es que el enfado perdura; sólo has conseguido disimularlo. Aun, en ciertos casos, ni eso consigues. ¿Qué pasa? Lo que sucede es que estamos procurando "andar" antes de "sentarnos", y éste es el camino de la derrota. Permítaseme repetirlo: ninguna experiencia cristiana puede comenzar con "andar"; es imprescindible que comience con un firme "sentar". El secreto de tu liberación del pecado no está en hacer algo, sino en reposar en lo que Dios ya ha hecho.

Un ingeniero salió de su hogar en viaje al Lejano Oriente, ausentándose por unos dos o tres años. En su ausencia su esposa le resultó infiel, acompañándose con

uno que había sido de sus mejores amigos. Regresando, descubrió que había perdido su esposa, sus dos hijos y su mejor amigo. Al término de una conferencia en que yo tenía la palabra, este pobre hombre, abrumado de dolor, se me acercó, descargando en mí su corazón.

"Durante dos años, de día y de noche, mi corazón ha estado lleno de odio", dijo. "Soy creyente y sé que debería perdonar a mi esposa y aquel amigo, pero, por más que me esfuerzo, no lo logro. Cada día resuelvo amarlos, y cada día fracaso. ¿Qué puedo hacer?"

"Absolutamente nada", le dije.

"¿Qué quiere usted decir?", preguntó, sorprendido.

"¿Es que debo seguir odiándolos?"

Le expliqué: "La solución de su problema está en esto: cuando el Señor Jesús murió por usted en la Cruz, no sólo llevó sus pecados sino a usted también. Dios crucificó a su Hijo, y al mismo tiempo crucificó su viejo hombre en Él, de modo que ese "usted", que no puede perdonar, ha sido crucificado y quitado del camino. Dios ya ha tratado con todo ese asunto en la Cruz; no le queda a usted, pues, nada que hacer. Dígale sencillamente: "Señor, yo no puedo perdonar y no voy a procurar hacerlo, pero confío en Ti que Tú lo harás en mí. Yo no soy capaz de perdonar ni de amar, pero confío en Ti, que Tú perdonarás y amarás en mi lugar; que Tú harás esas cosas en mí'."

El pobre hombre quedó atónito; luego dijo: "Esto es algo nuevo para mí, siento tanto que debo hacer algo". Después de un breve silencio, volvió a preguntar: "Pero, ¿qué puedo hacer?"

Le dije: "Dios está esperando hasta que usted deje de hacer". Cuando usted deje de hacer, entonces Dios puede empezar. ¿Ha procurado alguna vez ayudar a alguien en peligro de ahogarse? Hay dos caminos a

seguir. El uno es el de darle un golpe y dejarle inconsciente; y el otro es dejarle gritar y luchar hasta que se agoten sus fuerzas. Si procura intervenir mientras tenga fuerza, usted mismo pelagra, porque en su miedo se va a prender de usted y le va a arrastrar al fondo, y tanto usted como él perderían la vida. Dios está esperando que se agoten completamente sus propios recursos, luego intervendrá Él. Tan pronto como usted deje de hacer, El hará todo lo necesario. Dios está esperando que usted desespere.

Mi amigo el ingeniero dio un salto. "Hermano", dijo, "ahora veo. Alabado sea Dios, ¡conmigo ya está todo bien! Nada puedo yo hacer. ¡El lo ha hecho todo!" Y, con el rostro radiante, se fue gozoso.

DIOS EL DADOR

De todas las parábolas en los Evangelios, creo que la del hijo pródigo provee el ejemplo supremo de cómo agradar a Dios. El padre había dicho: "Era necesario hacer fiesta y regocijamos" (Lc. 15:32), y en estas palabras el Señor revela aquello que, en lo que atañe a la redención, alegra profundamente el corazón del Padre. No es el hermano mayor que sin cesar trabaja para el padre, sino es el menor, que nada hace para el padre, sino que deja al padre que haga todo para él. No es el hermano mayor, que quiere tener la gloria de ser siempre dador, sino el menor, que está dispuesto a recibir. Cuando el pródigo regresó al hogar, habiendo malgastado toda su herencia, el padre no tuvo ni una palabra de reprensión por el despilfarro, ni una sola pregunta por las sumas malgastadas. No manifestó dolor por lo derrochado; sólo se alegró que el regreso de su

hijo le daba otra vez la oportunidad de prodigarle sus riquezas.

Tan rico es Dios que su mayor deleite está en dar. Tan repletos están sus tesoros que se apena cuando le restamos la oportunidad de prodigarnos sus riquezas. Para el padre era grande la satisfacción de encontrar en el pródigo un candidato para el vestido, el anillo, los zapatos y para hacer fiesta; fue su dolor no poder encontrar semejante oportunidad en el hijo mayor. Le es penoso ver nuestros esfuerzos por acopiar para Él. Tal es su inagotable riqueza. Verdaderamente se alegra cuando recibimos todo lo que nos quiere dar. También le apena nuestro esfuerzo por hacer algo para Él, porque Él es tan, tan capaz. Ansía que siempre le dejemos a Él hacer. Él desea ser el eterno Dador y el eterno Hacedor. Si sólo pudiéramos ver cuán rico y cuán grande es Él, pronto dejaríamos en sus manos todo el dar y todo el hacer.

¿Crees que, si abandonarás tus esfuerzos por agradar a Dios, tu buen comportamiento cesaría? Si abandonas todo el dar y todo el hacer a Dios, ¿piensas que los resultados serían menos satisfactorios que si tú tuvieras parte en ello? Cuando nosotros procuramos hacer las cosas es cuando volvemos a someternos bajo la ley. Pero las obras de la ley (aun nuestras "buenas obras") son "obras de muerte", que no agradan a Dios. En la parábola de referencia, tanto el hermano mayor como el pródigo se encontraban alejados de los goces del hogar paterno. El hijo mayor, aunque no lejos del hogar, sólo estaba en casa "posicionalmente" y el puesto que teóricamente ocupaba, nunca lo llegó a disfrutar verdaderamente, como el pródigo, porque rehusó abandonar sus propias buenas obras.

¡Tan sólo deja de dar, y verás cuán grande Dador es Dios! ¡Cesa de hacer, y descubrirás cuán grande

Hacedor es Él! El hijo menor anduvo mal, pero luego volvió al hogar y halló descanso, y allí es donde comienza la vida cristiana. "Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó . . . nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús" (24, 6). "¡Era necesario hacer fiesta y regocijarnos!"

2 Andad

Hemos procurado establecer que la experiencia cristiana no comienza con el "andar" sino con el descansar. Cada vez que invertimos el orden tenemos como resultado el fracaso. El Señor Jesucristo hizo todo para nosotros; ahora necesitamos descansar confiadamente en Él. Cuando emprendemos algo impulsados por nuestra propia energía, inmediatamente nos encontramos, por así decirlo, frente a una muralla infranqueable. Sólo cuando confiamos en el Señor nos vemos conducidos en su potencia. No podemos insistir demasiado en que toda verdadera experiencia espiritual comienza con el descansar.

Sin embargo, ahí no termina. Aunque la vida cristiana comienza con el "sentar", siempre le sigue el "andar". Si nos hemos sentado bien y firmemente y hemos ganado fuerzas por el descanso, es entonces cuando realmente comenzamos a andar. El sentarse describe nuestra posición con Cristo en lugares celestiales. El andar es la expresión práctica aquí en la tierra de ese lugar que ocupamos en los cielos. Como pueblo celestial, nos corresponde llevar la impresión celestial en toda nuestra conducta terrenal, y esto trae consigo nuevos problemas. ¿Qué nos dice, pues, la Epístola a los Efesios acerca de nuestro andar?

Encontramos dos cosas en que insiste la epístola. De la primera trataremos en seguida:

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados; con toda humildad y mansedumbre . . . (4:1, 2). Esto pues digo . . . que ya no andéis vosotros como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente . . . renovaos en el espíritu de vuestra mente (4:17-23).

Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros (5:2). Andad como hijos de luz . . . comprobando lo que es agradable al Señor (5:8,10).

Ocho veces aparece en Efesios la palabra "andar". Su significado literal es el de "caminar alrededor", y es aquí usada por Pablo en forma figurativa para representar nuestro comportamiento, nuestra conducta. Trae en seguida a nuestra consideración el asunto del andar del creyente, y esta segunda parte de la epístola se ocupa mayormente de esto. La prueba de nuestra conducta está en las relaciones, y éste es el marco dentro del cual considera el tema. Las relaciones entre creyentes, entre vecinos, entre marido y mujer, entre hijos y sus padres, patronos y obreros, son tratadas en forma muy práctica.

Destaquemos claramente que el Cuerpo de Cristo no es algo remoto e irreal, que se expresa únicamente en términos celestiales. Está muy presente y es muy práctico, y se comprueba en nuestras relaciones con otros. Si bien es verdad que somos un pueblo celestial, no es suficiente hablar de un cielo distante. A menos que traigamos lo celestial a nuestros hogares y oficinas, a nuestros negocios y cocinas, y lo practiquemos allí,

carecerá de significado. Quisiera sugerir, queridos hermanos, que aquellos que somos padres y los que somos hijos busquemos en el Nuevo Testamento cómo deben comportarse los padres y cómo los hijos. Quizá nos sorprenda lo que encontremos pues temo que muchos de los que decimos estar sentados en lugares celestiales en Cristo llevamos un andar muy dudoso en nuestros hogares. Lo mismo aplicable a esposos y esposas; hay muchos pasajes para ellos. Lee Efesios 5, y luego pasa a 1 Corintios 7. Le haría bien a cada esposo y esposa leer este último capítulo detenidamente para descubrir lo que demanda una verdadera vida matrimonial: un matrimonio espiritual ante Dios y no una mera teoría. No se atrevan a teorizar sobre algo tan práctico.

Miremos ahora en el campo de las relaciones cristianas, y veamos qué directos son los mandamientos de Dios en la sección que estamos meditando. "Andad . . . con toda humildad y mansedumbre." "Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo." "Airaos, pero no pequéis." "No hurte más." "Toda amargura . . . sea quitada de vosotros." "Sed benignos los unos con los otros . . . perdonándoos." "Sed llenos del Espíritu . . . someteos unos a otros." "Obedeced." "No provoquéis." "Haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas" (Ef. 4:1, 2, 25, 26, 28, 32; 5:18, 21; 6:1, 4, 9). Nada podría ser más práctico que esta lista de imperativos.

El Señor comenzó sus enseñanzas en esta misma forma. Observemos atentamente la composición de las frases en esta porción del Sermón del Monte:

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo;

antes a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte tu túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mt. 5:38-48).

"Pero", dirás, "yo no puedo hacer esto. Son demandas imposibles de satisfacer." Así como nuestro amigo el ingeniero, tú te sientes herido, quizás gravemente, y no puedes perdonar. La justicia te apoya y la acción de tu contrario fue todo una injusticia. ¡Amarle sería lo ideal, pero imposible de realizar!

LA PERFECCION DEL PADRE

Desde el día en que Adán comió del fruto del árbol de ciencia, el hombre se ve ocupado en definir lo que es bueno y lo que es malo. El hombre natural se ha forjado su propio código de lo que es bueno y lo que es malo, y de lo que es justo y lo que es injusto, y se esfuerza por vivir de acuerdo con esa regla. Evidentemente, como

creyentes somos distintos. Sí, pero, ¿en qué sentido? Desde nuestra conversión se ha ido formando en nosotros un nuevo sentido de la justicia, de manera que nosotros también, y con razón, nos encontramos preocupados por distinguir lo que es bueno y lo que es malo. Sin embargo, ¿nos habremos dado cuenta de que nuestro punto de partida es otro? Para nosotros Cristo es el Arbol de Vida. Nosotros no partimos de un concepto ético del bien y del mal: no partimos de aquel otro árbol, el de ciencia del bien y del mal. Nuestro punto de partida es Cristo, el Arbol de Vida; y para nosotros es todo un asunto de Vida.

Nada ha causado más daño a nuestro testimonio que el afán de ser justos y exigir justicia de todos los demás. De esta manera nos hemos reducido a considerar las cosas como asunto de bien y mal. Nos preguntamos si nos han tratado justa o injustamente, y en base a esto procuramos justificar nuestros hechos. Pero eso no es la norma del creyente. Para él, el asunto es saber llevar la Cruz. Me preguntas: "¿Está bien que alguien me dé una bofetada en la cara?" Te responderé: "Por supuesto que no! Pero, ¿no será que quieres aferrarte a tus derechos?" Como creyentes, nuestra norma nunca puede ser la del "bien y el mal", sino la de la Cruz. El principio de la Cruz es nuestro principio de conducta. Alabado sea Dios que hace brillar su sol sobre justos e injustos. El nos trata de acuerdo con la regla de su gracia y no con la del bien y del mal, y eso también tiene que ser nuestra norma de vida: "Perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo" (4:32). La norma del "bien y el mal" es la de los gentiles y de las autoridades terrenas. Mi vida está regida por el principio de la Cruz y la perfección de mi Padre: "Sed, pues, vosotros perfectos,

como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:48).

En el sur de la China había un hermano que tenía un arrozal en la ladera de un cerro. En tiempo de sequía solía hacer uso de una rueda, operada mediante un pedal, que alzaba el agua del canal de irrigación hasta su plantío. Su vecino tenía dos lotes abajo del suyo, y una noche abrió un boquete en la muralla de retén y se escurrió toda el agua del arrozal de nuestro hermano. Volvió a llenar de agua su plantación, y el vecino volvió a hacerle la misma jugada; y así varias veces. Al fin el hermano consultó con los demás creyentes, diciendo: "He procurado tener paciencia y no retribuir mal por mal, pero, ¿será justo esto?" Luego de haberlo llevado en oración, uno de ellos le dijo: "Si sólo pensamos en lo que es justo, pobres creyentes somos. Tenemos que hacer algo más de lo que es justo". Quedó muy impresionado el hermano. A la mañana siguiente bombeó con su pedal agua para el arrozal de su vecino, y por la tarde para el suyo. Después de esto el agua quedó en su campo. El vecino fue impresionado en tal forma que buscó saber la razón y muy pronto él también se había convertido.

Así que, no te apoyes en tus derechos. Porque hayas andado la segunda milla, no pienses que ya has cumplido tu deber. La segunda milla es tan sólo el modelo para la tercera y la cuarta. La norma impuesta es: semejanza a Cristo. No tenemos nada en que apoyarnos, nada que pedir o demandar. Sólo tenemos que dar. Cuando el Señor murió en la Cruz no lo hizo por defender nuestros "derechos"; fue gracia lo que le condujo a la Cruz. Ahora, como Sus hijos, siempre procuramos dar a los otros lo que les corresponde, y aun más.

Debemos pensar que no siempre estamos nosotros en lo justo. Fracasamos, y es bueno aprender

de esos fracasos a estar dispuestos a confesar y a hacer más de lo que corresponde. Esto es lo que el Señor quiere. ¿Por qué? "Para que seáis hijos. de vuestro Padre que está en los cielos" (Mt. 5:45). Es un asunto de una filiación práctica. Es verdad que Dios nos ha "predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo" (1:5), pero nos equivocamos cuando creemos ser "mayores de edad", hijos maduros. El sermón del Monte nos enseña que los niños adquieren la responsabilidad de hijos en la medida en que manifiestan el mismo espíritu y actitudes del Padre. Se nos exhorta a ser "perfectos" en el amor, manifestando su gracia. Así es que Pablo escribe: "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados, y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros" (5:1, 2).

Por lo tanto, debemos enfrentar un desafío. Mateo 5 nos presenta un régimen de vida que bien podríamos juzgar como demasiado elevado, y en esta parte de Efesios, Pablo lo reconoce. La dificultad está en que no encontramos en nosotros mismos la capacidad para alcanzar esa estatura, de andar "como conviene a santos" (5:3). ¿Dónde, pues, se encuentra la respuesta a nuestro problema de cumplir estas exigencias divinas tan elevadas?

El secreto lo encontramos, según las palabras de Pablo, en "el poder que actúa en nosotros" (3:20). En un pasaje similar (Col. 1:29), él dice: "Trabajo, luchando según la potencia de Él [Cristo], la cual actúa poderosamente en mí".

Estamos otra vez en la primera parte de la Epístola a los Efesios. ¿Cuál es el secreto del poder en la vida del creyente? ¿De dónde obtiene su poder? Permítaseme dar la contestación en una frase: El secreto del creyente está en su descanso en Cristo. Su poder

emana de la posición que Dios le ha dado. Todos los que están sentados pueden también andar, porque en el pensamiento divino lo uno sigue espontáneamente a lo otro. Estamos sentados con Cristo eternamente para poder andar continuamente ante los hombres. Si abandonamos por un instante nuestro lugar de reposo en Cristo, tropezamos inmediatamente, y nuestro testimonio ante los hombres sufre. En cambio, si permanecemos en Cristo, nuestra posición allí asegura el poder para andar como es digno de Él, aquí, sobre la tierra. Si queremos ilustrar esta verdad, pensemos, no en un corredor participando de una carrera, sino de un hombre sentado en un automóvil: o, mejor aún, en un tullido sentado en una silla para inválidos conducida a motor. ¿Qué hace él? Anda, pero también se sienta. Y sigue andando porque se queda sentado. Su avance resulta de la posición en que se le hizo sentar. Es por cierto, un ejemplo muy inadecuado de la vida cristiana, pero en algo puede servir para recordarnos que nuestra conducta y comportamiento depende fundamentalmente de nuestro descanso interior en Cristo.

Esto nos explica lo que dice Pablo aquí en esta epístola. Él, primeramente, aprendió a sentarse, alcanzó ese lugar de descanso en Dios. Por consiguiente, su andar está basado, no en sus propios esfuerzos, sino en la obra poderosa de Dios en él. En esto reside el secreto de ese poder interior. Por haberse visto sentado "en Cristo", su andar entre los hombres se hace posible, pues Cristo mora en él. De ahí su ruego por los efesios: "Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones" (3:17).

¿Cómo marcha mi reloj pulsera? ¿Se mueve por sí mismo o es impulsado? Por cierto, marcha porque primero fue impulsado por una fuerza exterior no suya. Sólo entonces puede cumplir la función para la cual fue

constituido. Nosotros también hemos sido creados para cumplir ciertas funciones. "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (2:10).

Lo que se vio públicamente en la vida del apóstol Pablo era simplemente la manifestación de que Dios obraba en él. Dios estaba haciendo algo adentro: estaba obrando "poderosamente en él". Como resultado de esa obra escondida, Pablo pudo hacer algo que era evidente. Escribiendo a los filipenses dice: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12,13). Dios está obrando en nosotros, ¡que eso se exteriorice! Pero es inútil tratar de exteriorizar si primero no permitimos a Dios que obre adentro. A menudo nos esforzamos por ser mansos y benignos sin antes experimentar la mano de Dios forjando en nosotros la mansedumbre y la benignidad de Cristo. Procuramos exteriorizar el amor y descubrimos que no lo tenemos. Luego, pedimos al Señor y nos sorprendemos cuando parece que no nos lo da.

Valgámonos de una ilustración anterior. Quizás hay algún hermano de carácter algo difícil y con quien siempre tienes dificultades. Cada vez que lo encuentras dice o hace algo que te ofende o te contraría. Esto te molesta y razones: "Yo soy creyente y debo amarle. Quiero amarle, y verdaderamente estoy resuelto a amarle". Así, entonces, oras sinceramente: "Señor, aumenta mi amor por él. Dios mío, ¡dame amor!" Entonces, dominándote y haciendo un gran esfuerzo de voluntad, te diriges a él deseando sinceramente demostrar el amor que has pedido. Pero, tristemente, al encontrarte con él algo sucede que anula todas tus

buenas intenciones. Nada te ayuda su actitud, y de súbito surge todo el viejo rencor de nuevo y, finalmente, todo cuanto consigues hacer es tratarle con cortesía. ¿Qué es lo que pasa? ¿Se puede decir que estabas equivocado al pedir a Dios su amor? No, el mal está en que buscaste ese amor como un algo en sí, mientras que Dios quería manifestar a través de ti el amor de su Hijo. La equivocación estaba en que quisiste usar el don de Dios como algo tuyo y con la fuerza de tu propia resolución, para hacer lo que Dios mismo habría hecho mediante el impulso de su propio amor a través de ti. En eso cifra la diferencia. ¡Oh, que podamos comprenderlo!

Ese es el lado positivo. Y ¿qué del negativo? ¿Cómo podremos dominar aquellos otros elementos (el resentimiento y esos amargos pensamientos y ese disgusto) que surgen a la más mínima provocación? En esto quisiera llamar la atención a los términos, casi diríamos, pasivos de uno de los mandamientos a que ya hemos hecho referencia: "Toda amargura, y enojo, e ira, y voces, y maledicencia sea quitada de vosotros, y toda malicia" (4:31). A tales palabras, sin duda, responderás: "Es demasiado difícil. ¿Cómo puedo satisfacer esas demandas de manera que no quede ni una partícula de aquellas cosas? No. La pretensión de eliminarlas tan completamente sería inútil. ¡No vale la pena luchar porque bien sé que resultaría en un fracaso!" A esto yo contestaría: "Es cierto. No podrías, pero el Señor puede." Y las palabras de Pablo citadas arriba, ¿no implican que Él lo hará? El poder de su Cruz es suficiente para conducir a la muerte y al sepulcro todo lo que emana de la vieja naturaleza, y tu responsabilidad es, no de luchar contra estas cosas, sino de confiarlas al Señor, permitiendo que su Cruz haga su obra en tu vida. Vuelve

a recordar tu lugar de reposo en el Señor; siéntate allí y deja que todas esas cosas te "sean quitadas".

EN CRISTO TENEMOS TODO

Cristo es el don de Dios. Fuera de Él nada tenemos que recibir. El Espíritu Santo ha sido enviado para producir en nosotros lo que es de Cristo: no a producir algo aparte o fuera de Él. Somos "fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu . . . para . . . conocer el amor de Cristo" (3:16, 19). Lo que manifestamos exteriormente es lo que Dios primero ha obrado interiormente.

Traigamos otra vez a la memoria esas palabras notables de 1 Corintios 1:30. No sólo nos puso Dios "en Cristo" sino que "Cristo Jesús . . . nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención". Esta es una de las verdades más notables de las Escrituras. El "nos ha sido hecho. . ." Si creemos esto, podemos introducir ahí cualquier necesidad y saber que Dios la ha honrado, porque el Señor Jesucristo mismo, mediante el Espíritu Santo en nosotros, nos ha hecho lo que nos falta. Nos hemos acostumbrado a considerar la santidad como una virtud, la humildad como una gracia, y el amor como un don, que deben buscarse de Dios. Pero el Cristo de Dios es, en Sí mismo, todo esto. Si le tenemos a Él, tenemos todo lo que jamás necesitaremos.

Muy a menudo, en mis tiempos de necesidad, consideraba a Cristo como un Ser aparte, nunca vinculándole con las cosas de que sentía tanta falta. Durante dos años anduve palpando en la oscuridad, procurando reunir todo ese cúmulo de virtudes que yo consideraba comprendían el total de la vida cristiana, sin adelantar nada. Fue entonces, un día del año 1933, que

fui iluminado por luz celestial, y vi a Cristo ordenado por Dios para ser mío en su plenitud. ¡Qué diferencia! ¡Cuán huecas resultaron ser las "cosas", las virtudes en sí, que antes tanto ansiaba tener! Aparte de Cristo son cosas muertas. Darnos cuenta de estos será como empezar una vida nueva. Desde entonces nuestra santidad se escribirá con una S mayúscula y nuestro amor con una A mayúscula. Cristo mismo en nosotros es la respuesta a todas las demandas de Dios.

Vuelve ahora a aquel hermano con quien es tan difícil andar, pero esta vez, antes de salir, diríjete a Dios de esta manera: "Señor, veo por fin que por mis medios, no puedo amarle; pero sé que hay en mí una vida, la vida de tu Hijo, y que la ley de esa vida es el amor: no puedo menos que amarle". No tendrás necesidad de esforzarte. Reposa en Él: cuenta con su vida. Entonces, y en esta misma confianza, anímate a verlo, y esto será lo notable: que inconscientemente (y yo enfatizaría la palabra "inconscientemente", porque recién más tarde uno se da cuenta) estarás hablando con él amablemente; sin advertirlo le amarás; y sin darte cuenta le estimarás como hermano. Mantienes con él una conversación espontánea y en verdadera camaradería, y a tu regreso te sentirás diciendo: ¡Qué notable! No hice ningún esfuerzo por dominarme y, sin embargo, ¡no me irrité! De alguna manera incomprensible el Señor me acompañó y su amor en mí triunfó."

La manifestación de su vida en nosotros es en un sentido muy real, algo espontáneo; es decir, no requiere ningún esfuerzo nuestro. La regla imperiosa no es "esforzarnos", sino "confiar": no depender de nuestra fuerza sino de la suya. Es el continuo fluir de la vida lo que indica si estamos "en Cristo". Es de la Fuente de Vida que manan las aguas dulces.

Se puede comprobar que un buen número de personas sólo están fingiendo ser cristiano. Sus vidas de creyentes no son sino un simulacro. Viven una vida "espiritual", hablan un lenguaje "espiritual" y adoptan actitudes "espirituales", pero todo es de ellos mismos. Ese mismo esfuerzo que hacen por ser, debe indicarles que algo está mal. Con gran esfuerzo se abstienen de hacer tal cosa, de decir esto, de comer aquello, y ¡cuán penoso resulta! es como cuando nosotros los chinos intentamos hablar un idioma extranjero. Por mucho que nos esforcemos, no fluye espontáneamente; tenemos que obligarnos a hablar de aquella manera. Pero hablar el idioma propio, ¡nada más fácil! Aun cuando nos olvidamos lo que estamos haciendo, lo seguimos hablando. ¡Fluye! Nos viene con perfecta naturalidad, y esa espontaneidad hace saber a todos lo que somos.

Ahora, nuestra vida es la vida de Cristo, manifestada en nosotros por el Espíritu Santo mismo, y la ley de esa vida es espontánea. Tan pronto como comprendamos esta verdad cesaremos de esforzarnos y abandonaremos toda simulación. Nada hay más mortífero para la vida del creyente que querer aparentar. No hay mayor bendición que cuando cesan nuestros esfuerzos por aparentar y nuestras actitudes se manifiestan con libre naturalidad: cuando nuestras palabras y oraciones, nuestra vida misma, son la expresión, no forzada sino espontánea, de nuestra vida interior. ¿Hemos descubierto cuán bueno es el Señor? Bien, Él es así en nosotros. ¿Es grande Su poder? Bien, en nosotros no será menor. Alabado sea Dios, Su vida es tan poderosa como siempre, y esa vida no se manifestará con menor poder que antiguamente en las vidas de quienes tienen la osadía de creer a la Palabra de Dios.

¿Qué quiso decir el Señor cuando expresó: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5:20)? Ya hemos visto cómo, partiendo de este dicho, procede a comparar las demandas de la ley de Moisés con sus propias exigencias tan tremendas, repitiendo las palabras: "Oísteis que fue dicho . . . pero yo os digo . . ." (Mt. 5:21, 22). Pero, después del fracaso del hombre durante varias centurias en querer alcanzar el primer nivel, ¿cómo es que ahora el Señor piensa elevar su demanda a un nivel más alto? Sólo pudo hacerlo porque tenía fe en su propia vida. No teme imponerse a Sí mismo las demandas más exigentes. En verdad encontraremos gran consuelo en la lectura de las leyes del reino en Mateo 5-7, porque revelan la absoluta confianza que el Señor tiene en su propia vida, que ahora Él ha puesto al alcance de sus hijos. Estos tres capítulos presentan las demandas divinas hechas a la vida divina. La magnitud de las exigencias que Cristo impone revela cuán grande es su confianza en los recursos que Él nos ha dado para satisfacer esas demandas.

Si se nos presenta alguna situación difícil, ¿la hacemos un asunto de lo que es justo o injusto, bueno o malo? No es necesario recurrir a la sabiduría. No hay necesidad de recurrir al árbol de la ciencia. Nosotros tenemos a Cristo, y Él nos es hecho a nosotros sabiduría de Dios. La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos comunica continuamente su concepto de lo que es bueno y malo y, con ello, la actitud de espíritu en que debemos afrontar la situación.

Siempre se nos irán presentando cosas que herirán nuestra sensibilidad cristiana en cuanto a lo que es justo, y que pondrán a prueba nuestras reacciones. Es indispensable comprender el principio que rige la Cruz:

que la norma de nuestra vida actual no es la del viejo hombre, sino del nuevo, que es "creado según Dios en justicia y santidad de la verdad" (4:22-24). "Señor, no tengo más derechos que defender. Todo lo que tengo es por tu gracia, y ¡todo está en Ti!" Recuerdo de una anciana japonesa, creyente, en cuya casa entró una vez un ladrón. En su fe tan sencilla y práctica en el Señor, preparó para el ladrón la comida y luego le ofreció las llaves. Este quedó muy avergonzado por esta acción tan bondadosa, y Dios le habló. Por el testimonio de ella, hoy es hermano en Cristo.

Muchos creyentes conocen bien la doctrina pero viven vidas que la contradicen completamente. Están al tanto del contenido de los capítulos 1 a 3 de Efesios, pero no practican lo que está en los capítulos 4 a 6. Mejor sería no tener la doctrina que vivir una contradicción. ¿Ha dado Dios algún mandamiento? Reposa sobre El para obtener los recursos necesarios para satisfacer el mandamiento. Quiera el Señor enseñarnos que la norma de la vida cristiana es de extendernos mucho más allá de lo que es nuestro mero deber, a fin de que hagamos lo que le agrada a El.

PRUDENTES: APROVECHANDO BIEN EL TIEMPO

Queda algo que añadir a lo ya dicho en lo que respecta al andar del creyente. La palabra "andar" contiene, como veremos, algo más de lo que ya hemos dicho. Ciertamente indica conducta o comportamiento, pero también da la idea de "avance". Andar significa "seguir adelante", y nuestro deseo es considerar brevemente este asunto de nuestro progreso hacia el blanco.

Mirad, pues, con diligencia, cómo andéis; no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor (5:15-17).

Se observará que en los versos que acabamos de citar existe una relación entre la idea de aprovechar bien el tiempo y la diferencia entre sabiduría y necedad. "Mirad . . . con diligencia, cómo andéis ... aprovechando bien el tiempo . . . no seáis insensatos". Esto es importante, por ello quiero ahora referirme a dos otros pasajes en que aparecen juntos estos mismos pensamientos:

Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes . . . cinco de ellas eran prudentes, y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite . . . y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron. . . Nuestras lámparas se apagan . . . Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas, entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes . . . (Mt. 25:1-13).

Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente . . . Estos . . . son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira,

pues son sin mancha delante del trono de Dios (Ap. 14:1, 4, 5).

Un gran número de pasajes en las Escrituras aseguran que lo que Dios ha comenzado, eso también concluirá. Nuestro Salvador es Salvador hasta lo sumo. Ningún creyente estará a medio salvar, cuando llegue al fin, aunque con mucha razón podría decirse de algunos de nosotros ahora. Dios perfeccionará a todo hombre que tiene fe en Él. Eso lo creemos, y debemos tenerlo presente como fondo a lo que trataremos a continuación. Decimos con Pablo, "estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6). El poder de Dios no tiene límites. Él "es poderoso . . . para ... presentaros sin mancha delante de su gloria" (Judas 24, cp. 2 Ti. 1:12 ; Ef. 3:20).

Sin embargo, al considerar el aspecto subjetivo (la aplicación de todo esto en nuestras vidas aquí y ahora, en este mundo) nos encontramos con la cuestión de cuándo será esto. En Apocalipsis 14 encontramos "primicias" (v. 14) y "hora de segar" (v. 15). ¿Cuál es la diferencia entre "hora de segar" y "primicias"? Ciertamente, no es la calidad porque la cosecha es lo mismo. La diferencia sólo está en el tiempo de la madurez. Algunas frutas llegan a la madurez antes de otras y así son "primicias".

Mi pueblo natal en la provincia de Fukien es renombrado por sus naranjas. Yo diría (y sin duda me siento algo parcial) que en todo el mundo no hay otras como éstas. Al contemplar las colinas en los comienzos de la temporada de las naranjas, se ve todo verde. Pero si uno observa atentamente esas plantas, verá aquí y allá algunas frutas manifestando ya su color anaranjado.

Presentan una hermosa vista esos botones de oro salpicando el verde oscuro de los árboles. Más tarde todas madurarán y los naranjales se teñirán de color dorado; pero, por ahora, son estas primicias las que se arrancan. Son recogidas con cuidado y son éstas las que obtienen los más elevados precios en el mercado, a veces tres veces más que las otras.

Todas alcanzarán la madurez, pero el Cordero está buscando primicias (Ap. 14:4). Las "prudentes" de la parábola no son las que han obrado mejor, sino las que han obrado prudentemente en las primeras horas. Observemos que las otras eran también vírgenes, insensatas por cierto, pero no falsas. Habían salido con las prudentes a esperar al Esposo. Tenían aceite en sus lámparas y éstas ardían. La diferencia está en que no habían calculado la tardanza del Esposo, y ahora el aceite en sus lámparas se les agotaba y no tenían reservas; además, las prudentes no tenían suficiente como para compartir.

Algunas personas tienen dificultad en este punto con las palabras del Señor cuando dijo a las insensatas: "No os conozco". ¿Cómo podría Él decir esto de ellas, si representan Sus hijas verdaderas, "desposadas. . . como una virgen puro a Cristo" (2 Co. 11:2). Pero hemos de reconocer el énfasis de esta enseñanza de la parábola, que ciertamente hay un privilegio servirle a Él en el futuro que Sus hijos pueden perder al no estar preparados. Dice que las cinco llegaron a la puerta y dijeron: "¡Señor, Señor, ábrenos!" ¿De qué puerta? Ciertamente no de la puerta de salvación. Si estás perdido, no puedes llegar a la puerta del cielo y llamar. Por lo tanto, cuando el Señor dice: "No os conozco", sin duda, emplea estas palabras en un sentido limitado como en la siguiente ilustración:

En Shanghai, el hijo de un magistrado de policía fue arrestado por conducir imprudentemente. Fue llevado al juzgado y pronto se dio cuenta de que su padre estaba sentado en el banco del magistrado. El procedimiento del juzgado es más o menos lo mismo por todo el mundo, y así el joven fue preguntado: "¿Cuál es su nombre? ¿Dónde vive? ¿Cuál es su ocupación?", etc. Asombrado, el joven miró a su padre y le dijo: "Pero, papá, ¿quieres decir que no me conoces?" Dando golpe en la mesa, el padre le respondió firmemente: "Joven, no le conozco. ¿Cuál es su nombre? ¿Dónde vive?" Por supuesto, no quería decir que realmente no le conocía. En casa le conocía muy bien, pero en este lugar y en este momento no le conocía. Aunque todavía era hijo de su padre, el joven tenía que continuar con el procedimiento del juzgado y pagar su multa.

Sí, en verdad todas las vírgenes tenían aceite en sus lámparas. Lo que distingue a las insensatas es el hecho de que no tenían reservas en sus vasos (Mt. 25:3, 4). Como verdaderos creyentes, tienen vida en Cristo y, por consiguiente, mantienen un testimonio ante los hombres; pero no es el suyo un testimonio constante porque apenas se mantiene de un momento a otro. Tienen el Espíritu, pero no están, si así pudiera decirse: "llenos del Espíritu". En la hora de crisis se ven obligados a salir a comprar más aceite. Al fin todas tenían suficiente: la diferencia está en que las prudentes tenían lo suficiente en la hora de necesidad, mientras que las insensatas, cuando al fin consiguieron el aceite, encontraron que ya era tarde para alcanzar su propósito. Es todo un asunto de tiempo, de estar prevenidos en el momento de la necesidad, y esto es lo que el Señor busca inculcar en los suyos cuando al fin les exhorta a ser no sólo discípulos, sino discípulos alertas.

"No os embriaguéis de vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu" (5:18). En Mateo 25 el asunto no es la inicial aceptación de Cristo, ni aun la venida del Espíritu Santo sobre sus siervos para impartir los dones espirituales. Es asunto de tener reserva de aceite en el vaso, de que la luz sea mantenida brillando por todo el tiempo de espera que fuese necesario, y por medio de aquella provisión milagrosa y continua del Espíritu en nuestro interior (pues aunque en la parábola encontramos lámparas y vasos, en realidad nosotros somos, a la vez, lámpara y vaso). Y así el Señor toma las medidas necesarias a fin de que conozcamos esa plenitud ahora. "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora" (Mt. 25:13).

"Sed llenos" (plerousthe, en el griego) es la expresión poco común, empleada en este pasaje con relación al Espíritu Santo. Es un continuo y constante ser llenado por el Espíritu Santo. Se refiere, no a un solo acto, sino a un estado permanente. No es una crisis, como en Pentecostés, sino la condición en que se debe encontrar el creyente constantemente. Además, no es algo exterior, sino interior; no es asunto de dones espirituales y manifestaciones exteriores sino de la presencia personal y actividad del Espíritu Santo en nuestros espíritus, asegurando que la luz de las lámparas arda sin menguar, aun pasada la media noche si fuese necesario.

Más aún, no es del todo un asunto personal. Según nos aclara el verso siguiente (5:19), es algo que compartimos con los demás creyentes en una dependencia mutua. Porque el significado de ser "llenos del Espíritu" si lo analizamos bien, no sólo incluye "cantando y alabando al Señor en vuestros corazones", sino "hablando entre vosotros con salmos, con himnos y

canciones espirituales". Para algunos sería muy fácil cantar solos, pero es distinto tener que cantar a compás y en armonía en un coro, cuarteto o aun en un dúo. Sin embargo, este mensaje de la unidad del Espíritu está bien establecido en la médula de la segunda parte de Efesios (4:3, 15, 16). El ser llenos del Espíritu tiene por finalidad que podamos cantar unidos un nuevo canto ante el Trono (Ap. 14:3).

Para no apartarnos de nuestro objetivo, repetiré que la necedad o la sabiduría dependen de esto: si eres sabio buscarás conocer esta plenitud inmediatamente, pero si necio, lo postergarás para otra fecha. Algunos somos padres y tenemos hijos. ¡Cuánto difieren nuestros hijos en su temperamento! Uno obedece inmediatamente; otro piensa que con demorar un poco evitará la necesidad de obedecer. Si esto es el caso y eres bastante débil para dejarle escapar, entonces el que demora un poco es realmente el sabio porque sucede en no hacer nada. Pero si tu palabra es firme, si tu mandato no puede ser evadido y en último término ha de ser obedecido, entonces más sabio es aquel que obedece en seguida.

Tengamos plena certeza acerca de la voluntad de Dios. Si las palabras de Dios pudieran descontarse, procurar escapar de sus implicaciones no sería una necedad, pero como Dios es el Dios Inmutable, con una voluntad invariable, sé sabio; aprovecha bien el tiempo. Asegúrate esa provisión constante de aceite en tu lámpara para que seas lleno de toda la plenitud de Dios (3:19).

La parábola no contesta todas nuestras preguntas. ¿Cómo compraron las insensatas? No sabemos. No nos dice en ningún lugar qué pasos más Dios ha de tomar para llevar a todos Sus hijos a la

madurez. Eso no es cuenta nuestra. Lo que nos concierne aquí son las primicias. Nos pide seguir adelante y no especular sobre lo que pueda ocurrir si no lo hacemos.

Es imposible evitar alcanzar la madurez, o pagar el precio correspondiente, tratando de esquivar la responsabilidad; pero la sabiduría está ligada a la cuestión de cuándo alcanzaremos esto. Los sabios aprovechan bien el tiempo. Así como mi pluma está ahora cargada y en mi mano lista para ser usada, del mismo modo, cooperando con el Señor, los sabios proveen a Dios lo que Él necesita: instrumentos adecuados para su pronto servicio.

Miremos al apóstol Pablo. Lo vemos consumido de ardiente pasión. Él ha visto que los propósitos de Dios están relacionados con el "cumplimiento de los tiempos" (1:10). Él es uno de aquellos que "primeramente" esperaron en Cristo descansando en una salvación que está aún por ser revelada en cuanto a su plenitud "en los siglos venideros" (1:12; 2:7). ¿Qué hace él en virtud de todo esto? Anda, sigue adelante. Y no sólo anda: corre. "De esta manera corro, no como a la ventura" (1 Co. 9:26). "Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:14).

Muchas veces, cuando veo almas entrando en conocimiento de verdades espirituales y se evidencia el adelanto en el Señor, surge en mi corazón este sentir: "¡Si sólo hubieran comprendido esto hace cinco años!" Tan corto es el tiempo aunque estemos progresando. Tan grande es la necesidad de urgencia. Porque, recordemos, no es asunto del beneficio que nosotros podríamos granjearnos, sino de la necesidad que el Señor tiene en esta hora. Su necesidad actual es de instrumentos pronto. ¿Por qué? "Porque los días son malos" (Ef.

5:16). La situación del pueblo de Dios es desesperante. ¡Qué podamos ver esto!

Es posible que el Señor tenga que proceder con nosotros con mucho rigor. Pablo tuvo que decir: "Soy un abortivo". Había pasado por graves crisis a fin de llegar al punto en que se encontraba y, con todo eso, ¡proseguía! Siempre es un asunto de tiempo. Puede ser que Dios tenga que hacer algo en nosotros rápidamente, comprimiéndolo en un muy breve plazo, pues sin duda, algo El tiene que hacer. Que los ojos de nuestro entendimiento sean alumbrados para conocer cuál sea la esperanza a que Él nos ha llamado y que podamos entonces andar —digamos mejor, correr— como "entendidos de cuál sea la voluntad del Señor" (1:18; 5:17). El Señor siempre ha amado las almas arriesgadas.

3

Estad Firmes

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo . . . para que podáis resistir en el día malo, y estar firmes. Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos . . . vestidos de la coraza de justicia, y calzados los pies . . . tomad el escudo de la fe . . . y . . . el yelmo de salvación . . . y la espada ... orando . . . velando ... (6:10-18).

La experiencia cristiana tiene sus comienzos en el "sentarse" que conduce al "andar", pero no concluye con éstos. Todo creyente tiene que aprender a "estar firme". Es necesario saber "sentarnos" con Cristo en lugares celestiales y "andar" como es digno de El en este mundo

terrenal, pero también es necesario saber estar firmes ante el enemigo. La lucha es el tema que se nos presenta aquí en la tercera parte de la epístola a los Efesios (6:10-20). Es lo que Pablo describe como la "lucha contra huestes espirituales de maldad".

Hagamos un breve repaso del orden en que Efesios nos presenta estas verdades: es "sentaos . . . andad . . . estad firmes". Porque ningún creyente puede tener esperanzas de participar en este conflicto de los siglos si antes no ha aprendido a descansar en Cristo y en lo que Él ha hecho; y luego, por el poder del Espíritu obrando en su corazón, le ha seguido en una vida práctica, santa en esta tierra. Si se muestra deficiente en cualquiera de estas fases, de nada valdrá en la lucha, y aun es posible que nada sabrá de ella, porque Satanás puede hacer caso omiso de él. Pero puede ser hecho fuerte "en el Señor, y en el poder de su fuerza" al comprender el valor de su exaltación y lo que significa su morada en él (cp. 6:10 con 1:9 y 3:6). Con estas dos lecciones bien aprendidas podremos apreciar este tercer principio de la vida cristiana que se nos presenta en las palabras: "Estad firmes".

Dios tiene un archienemigo, que tiene bajo su gobierno a millares de demonios y ángeles caídos que buscan inundar el mundo de mal y excluir a Dios de su propio reino. Esto es lo que significa el verso 12, y es la explicación de lo que está ocurriendo en nuestro alrededor. Nosotros vemos sólo "sangre y carne" encarándonos, es decir, el conjunto de reyes y gobernantes hostiles, pecadores y hombres perversos. Pablo dice: No, nuestra lucha no es contra éstos, "sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes":

en fin, contra la astucia del diablo mismo. Hay dos tronos en guerra. Dios reclama la tierra como su dominio y Satanás procura usurpar la autoridad de Dios. La Iglesia es llamada a desalojar a Satanás de su dominio y a reconocer a Cristo como Cabeza sobre todo. ¿Qué estamos haciendo nosotros?

Quiero ahora, tratar este asunto del conflicto, refiriéndome primero en términos generales a aquellos aspectos que afectan la vida personal, y luego en un sentido más definido a la obra que el Señor nos ha encomendado. Hay muchos ataques satánicos dirigidos directamente contra los hijos de Dios. Es claro que no debemos atribuir al diablo aquellas molestias que nos sobrevienen por nuestra propia violación de las leyes divinas. Ya debemos saber cómo rectificar éstas. Pero hay ataques físicos contra el creyente, ataques del maligno contra el cuerpo y la mente, necesarios de ser tenidos en cuenta. Indudablemente, muy pocos de nosotros no conocen algo de los ataques del enemigo contra nuestra vida espiritual, y ¿vamos a dejar de considerarlos?

Nuestra posición es con el Señor en los cielos, y estamos aprendiendo a andar con Él ante el mundo, pero ¿cómo vamos a conducirnos en la presencia del adversario, adversario de Dios y nuestro? La palabra de Dios dice: "¡Estad firmes!" "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo" (6:11). En, el griego, las palabras "estad firmes contra" significan "mantener la posición", o "no ceder terreno". Esta orden divina contiene una verdad muy preciosa. Quiere decir que el terreno en disputa es, en realidad, de Dios y, por lo tanto, también nuestro. Si no fuese así, nosotros tendríamos que conquistar el lugar en que afirmar nuestros pies.

Casi todas las armas nombradas en Efesios son defensivas: aun la espada, puede ser usada tanto para la defensiva como para la ofensiva. La diferencia entre la guerra defensiva y la ofensiva es que en la guerra defensiva ya domino el terreno y sólo procuro retenerlo, mientras que en la ofensiva no lo tengo y me esfuerzo por conquistarlo. Y en esto consiste la diferencia entre la lucha entablada por el Señor y aquella en que estamos comprometidos nosotros. La suya era ofensiva; la nuestra es esencialmente defensiva. El Señor luchó con Satanás a fin de obtener la victoria. Mediante la Cruz llevó la guerra hasta los umbrales del infierno mismo, a fin de llevar cautiva la cautividad (4:8, 9). Hoy nosotros batallamos solamente por mantener y consolidar la victoria que el Señor ha ganado. Por la resurrección Dios proclamó a su Hijo vencedor sobre todo el reino de las tinieblas, y el terreno que Él conquistó nos lo ha dado a nosotros. Nosotros no necesitamos luchar para obtenerlo. Sólo tenemos que luchar para conservarlo.

Nuestra responsabilidad es de mantener y no de atacar. No es asunto de avanzar sino de permanecer: permanecer en Cristo. En la persona de Cristo, Dios ya ha vencido. Nos ha dado la responsabilidad de mantener en alto esa victoria. En Cristo la derrota del enemigo es un hecho consumado y ahora la Iglesia está para hacer evidente esta victoria sobre él. Satanás es el que tiene que contraatacar a fin de desalojarnos del terreno conquistado por Cristo. Nuestra parte no es la de angustiarnos para poseer un terreno ya nuestro. En Cristo somos vencedores: y no sólo eso, sino "más que vencedores" (Ro. 8:37). Por consiguiente, en Él "estamos firmes". No luchamos por ganar la victoria; luchamos en base a la victoria ya ganada. Nuestra lucha no tiene por fin ganar sino que luchamos porque Cristo ya ha

triunfado. Vencedores son los que descansan en la victoria que Dios ya les ha dado.

Cuando luchas para obtener la victoria, has perdido la batalla en su principio. Supongamos que Satanás te ataca en el hogar o en el negocio y crea una situación que te es imposible solucionar. ¿Qué haces? Instintivamente te preparas para una gran batalla y luego ruegas a Dios que te dé la victoria. Si así haces, seguramente la derrota vendrá, porque ya cediste el terreno que te pertenece. Tu derrota como creyente comienza en el momento que sientes que tú tienes que vencer. Cuando dices: "Espero poder vencer", ya por decir esto, estás cediendo al enemigo el terreno que es tuyo en Cristo. ¿Qué debemos hacer cuando él ataca? Sencillamente alzar los ojos y alabar al Señor: "Señor, me encuentro frente a una situación que me es imposible remediar. Tu enemigo la ha provocado a fin de producir mi caída, pero te alabo que Tu victoria es completa y abarca esta situación mía también. Gracias te doy porque ya tengo en Ti la victoria sobre este asunto."

Sólo los que saben "sentarse" y descansar en Él pueden también "estar firmes". Nuestro poder para estar firmes, así como para andar, está en saber descansar en Cristo. La fuerza del creyente para andar y para guerrear, proviene de la posición que ocupa allí. Si no ha sabido sentarse ante Dios, tampoco sabrá estar firme ante el enemigo.

El objetivo principal de Satanás no es el de hacernos pecar, sino de quitarnos de nuestra posición, el perfecto triunfo en el Señor, para hacer posible y fácil nuestra caída. Por vía de la cabeza o del corazón, del intelecto o de los sentimientos, asalta nuestro reposo en Cristo o nuestro andar en el Espíritu. Pero para cada punto de ataque tenemos armas defensivas: el yelmo o la

coraza, el cinto o el calzado, y para completarlo todo, el escudo de la fe para apagar los dardos de fuego. La fe proclama: Cristo está ensalzado. La fe proclama: Por gracia somos salvos. La fe proclama: Tenemos acceso por medio de El. La fe proclama: Cristo mora en nosotros por su Espíritu (ver 1:20; 2:8; 3:12, 17).

Por ser suya la victoria, es también nuestra. Si nos limitáramos sólo a mantener el estado de victoria y no procuráramos ganarla, pronto veríamos al enemigo en fuga. No debemos pedir al Señor que nos capacite a nosotros para vencer al enemigo, ni aun mirarle para ganar la victoria, sino alabarle porque ya lo ha hecho; El es Vencedor. Es en realidad un asunto de fe en Él. Si creyéramos al Señor, no pediríamos tanto sino que le alabaríamos más. Cuanto más sencilla y esclarecida la fe en El, menos oraremos en semejantes situaciones y más alabanzas le daremos.

Repitámoslo: en Cristo somos ya vencedores. Siendo esto así, es evidente que orar pidiendo la victoria (salvo que esta oración sea la de alabanza) significará en la práctica, facilitar la derrota, por cuanto abandonamos nuestra posición elemental y básica. Permíteme preguntarte: "¿Ha sido tu experiencia la derrota? ¿Te has encontrado anhelando el día en que serás lo suficientemente fuerte como para vencer?" Entonces mi oración por ti no puede ir más lejos que la del apóstol Pablo por sus lectores de Éfeso. Que Dios pueda abrir tus ojos de nuevo a fin de que te veas sentado con Cristo, el cual ha sido colocado "sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra" (1:20, 21). Es probable que las dificultades que te apremian no cambien; el león seguirá rugiendo con tanta furia como antes; pero no es necesario anhelar

ansiosamente la victoria. En Cristo ya eres vencedor en el campo de batalla.

EN SU NOMBRE

Pero aquí no termina el asunto. Efesios 6 abarca mucho más que el aspecto personal del conflicto. Tiene que ver también con la obra que Dios nos ha encomendado: la proclamación del misterio del Evangelio, del cual Pablo ya ha dicho mucho (3:1-13). Para esto nos proporciona dos armas: la espada de la Palabra y su compañero, la oración.

Tomad . . . la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar (6:17-20).

Quiero decir algo más acerca de esta lucha en su relación con la obra que Dios nos ha encomendado, porque aquí es donde podríamos tropezar con alguna dificultad. Es cierto, por una parte, que el Señor Jesucristo está sentado "sobre todo principado y autoridad" y que todas las cosas fueron sometidas "bajo sus pies" (1:21, 22). Es a la luz de esta victoria ya completada que tenemos que dar "siempre gracias por todo . . . en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo" (5:20). Sin embargo, tenemos que admitir que todavía no vemos todas las cosas sujetas a Él. Existen todavía, como Pablo lo dice, huestes espirituales de maldad,

fuerzas sombrías, poderes inicuos ocultos detrás de los gobernadores del mundo, que ocupan territorio que por derecho es de Cristo. ¿Hasta qué punto podemos decir que ésta es una guerra defensiva? No queremos que se nos considere presuntuosos. Entonces ¿cuándo, y bajo qué circunstancias, tenemos derecho de ocupar y retener en nombre del Señor un territorio que aparentemente es del enemigo?

Tomemos "la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" para ayudarnos en esto. ¿Qué nos dice acerca de la oración y de actuar en su Nombre? Consideremos, en primer lugar, los dos siguientes pasajes:

De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho ... Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy ... (Mt. 18:18-20).

De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre: pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido . . . En aquel día pediréis en mi nombre (Jn. 16:23, 24, 26).

Nadie puede ser salvo sin conocer el Nombre de Jesucristo, y nadie puede ser usado eficazmente por Dios si no conoce la autoridad de ese Nombre. El apóstol Pablo aclara que el "Nombre" a que el Señor se refiere en los pasajes de referencia no es tan sólo el Nombre por el cual fue conocido mientras habitó entre los hombres. Ciertamente, es el mismo Nombre que tuvo en días de Su

humanidad, pero es ese mismo Nombre ya investido del título y la autoridad que Dios le ha dado después de haber sido obediente hasta la muerte (Fil. 2:6-10). Es el Nombre de Su exaltación y gloria, el resultado de Sus sufrimientos; y es en ese "Nombre que es sobre todo nombre" que hoy nos reunimos y elevamos nuestras peticiones ante Dios.

Esta distinción la hace no sólo Pablo, sino el mismo Señor en el segundo de los pasajes citados: "Hasta ahora nada habéis pedido. . . En aquel día pediréis" (Jn. 16:24, 26). Para los discípulos "aquel día" sería muy diferente del "ahora" del verso 22. Había algo que "entonces" no tenían, y que "cuando" lo recibieran, lo usarían. Ese algo es la autoridad que acompaña a su Nombre.

Es necesario que nuestros ojos sean abiertos y veamos el cambio importante efectuado por la ascensión. Es verdad que el nombre "Jesús" establece la identidad del que está sentado en el trono, con el Carpintero de Nazaret; pero más que eso. Encierra ahora el poder y el dominio que Dios le ha dado, un poder y dominio que exigirá se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, y de los que están sobre la tierra y aun debajo de la tierra. Los mismos jefes judíos reconocieron que un nuevo nombre podría tener este significado cuando preguntaron a los discípulos acerca de la sanidad del lisiado. "¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?" (Hch. 4:7).

Hoy ese Nombre nos dice que Dios ha entregado toda autoridad a su Hijo, de modo que en el Nombre mismo hay poder. Pero debemos notar también, que en las Escrituras, la expresión "en el Nombre" se repite, haciéndonos ver el uso que hicieron los apóstoles de ese Nombre. El caso no es simplemente que Él tiene ese

Nombre, sino que tenemos que hacer uso de él. Tres veces en su última plática el Señor repite las palabras: pedid "en mi Nombre" (Jn. 14:13, 14; 15:16; 16:23-26). Él ha depositado en nuestras manos esa autoridad para que hagamos uso de ella. No sólo es Suyo, sino que es "dado a los hombres" (Hch. 4:12). Si no conocemos nuestra parte en esto, perderemos mucho.

El poder de su nombre opera en tres sentidos. En nuestra predicación es eficaz para la salvación de los hombres en la remisión de sus pecados (Hch. 4:10-12), en su limpieza, justificación y santificación para con Dios (Lc. 24:47; Hch. 10:43; 1 Co. 6:11). En nuestra lucha, es poderoso contra las fuerzas satánicas para atarlas y sujetarlas (Mr. 16:17; Lc. 10:17-19; Hch. 16:18). Y, como ya hemos visto, es eficaz ante Dios, porque en dos ocasiones se nos dice: "Todo lo que pidieréis - ••", y dos veces: "Si algo pidieréis . . ." (Jn. 14:13, 14; 15:16; 16:23). Frente a semejantes expresiones, bien podemos decir con toda solemnidad: "Señor, ¡tu coraje es grande para comprometerte así!" Ciertamente es un hecho muy notable que Dios se comprometa así con sus siervos.

Miremos ligeramente tres incidentes en el libro de los Hechos de los Apóstoles que sirven para ilustrar algo, más este punto:

Pedro dijo . . . En el nombre de Jesucristo, levántate y anda (Hch. 3:6).

Pablo se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en la misma hora (Hch. 16:18).

Pero algunos . . . exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los

que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo . . . y respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros ¿quiénes sois? (Hch. 19:13, 15).

Observemos, en primer lugar, el caso de Pedro y el lisiado a la puerta del templo. Pedro no se arrodilla primeramente a fin de conocer la voluntad del Señor en oración. Inmediatamente dice: "¡Anda!" Usa el Nombre como si fuera para uso suyo, y no como algo distante en los cielos. Con Pablo en Filipos tenemos la misma cosa. Él percibe en su espíritu que la actividad satánica ya se ha extralimitado. No se nos dice que se detiene y ora. No, su andar con el Señor es tan real, y por ser así él puede, como custodia del Nombre, actuar como si el poder fuese suyo. Él da la orden, y el espíritu huye "en la misma hora".

¿Qué pues es esto? Es un ejemplo de lo que yo describiría como la "obligación" en que Dios se pone para con el hombre. Dios se ha comprometido a obrar por medio de sus siervos en la medida en que ellos obren "en el Nombre". Y ellos, ¿qué hacen? De por sí, nada. Se limitan sencillamente a usar el Nombre. De igual manera, es evidente que ningún otro nombre, sea el suyo o el de algún otro apóstol, tendría el mismo efecto. Todo lo que sucede es resultado del impacto del Nombre del Señor Jesucristo sobre la situación reinante, y los suyos están autorizados para usar ese Nombre.

Dios mira a su Hijo en la gloria, no a nosotros aquí sobre la tierra. Nos ha hecho sentar con Él allá, y es por esta razón que pueden sernos confiados aquí su Nombre y su autoridad. Una sencilla ilustración contribuirá a aclarar esto. Hace ya tiempo, un colega amigo mandó pedir de mí una suma de dinero. Leí la carta y preparé el

importe solicitado y lo entregué al mensajero. ¿Hice bien? Es claro que sí. La carta llevaba la firma de mi amigo, y eso me basta. ¿Tendría que haber preguntado al mensajero su nombre, edad y ocupación, y pueblo de origen, y luego haberle despachado, insatisfecho de lo que él era? De ninguna manera. Había venido en nombre de mi amigo, y yo honré ese nombre.

El Compromiso Divino

Es grande lo que Dios ha hecho al comprometerse así con su Iglesia. Al hacer esto Él ha confiado a sus siervos el más grande de todos los poderes, el poder de Aquél cuyo dominio se extiende sobre "todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el verdadero" (1:21). Cristo Jesús está ahora ensalzado en los cielos, y toda su obra de salvar hombres, hablar a sus corazones, y obrar en su favor los milagros de su gracia, la hace por medio de sus siervos, los cuales actúan en su Nombre. Así, pues, la obra de la Iglesia es su obra. En verdad, el Nombre de Jesucristo es el mayor legado que Dios ha hecho a su Iglesia, porque donde en verdad se obra en base a ese compromiso, El mismo se hace responsable por lo que se hace en su Nombre. Y el deseo de Dios es de confiarse así de su Iglesia, por cuanto no se ha permitido emplear ningún otro medio para completar su obra.

Ninguna obra puede ser llamada obra de Dios, si Dios no está comprometido en ella. Lo que vale es la autorización para hacer uso de su Nombre. Tenemos que estar en condiciones de poder levantarnos y hablar en su Nombre. Si no, nuestra obra carecerá del impacto espiritual indispensable. Debo, sin embargo, decir que no es esto algo que pueda hacerse a última hora. Es el fruto

de la obediencia a Dios y de una estatura espiritual ya alcanzada y mantenida. Es algo que ya debemos tener si ha de ser asequible para la hora de necesidad.

"A Jesús conozco, y sé quién es Pablo." ¡Gracias a Dios por esta última expresión! Los espíritus malos reconocen al Hijo; la evidencia de esto abunda en los Evangelios. Pero hay también aquellos que viven en tal unión con el Hijo, que también cuentan ante las huestes infernales. El asunto ahora es: ¿podrá Dios confiarse a ti de esta misma manera?

Otra pequeña ilustración. Si alguien ha de hacer algo "en mi nombre", quiere decir que doy mi nombre a esa persona para que lo use dentro de ciertas condiciones, dispuesto a responsabilizarme por lo que ésta haga en mi nombre. Podría ser, por ejemplo, que le confiara mi libro de cheques, con autoridad para retirar dinero en mi nombre. Si soy pobre, y no tengo fondos en el banco, mi nombre carece de significación. ¡Cuán distinto es con el Señor! ¡Cuán poderoso y rico es su Nombre! ¡Cuán valioso le es su Nombre! Entonces, si Él tiene que llevar la responsabilidad de todo lo que ocurre, necesita ejercer sumo cuidado sobre la manera en que su Nombre es usado. De nuevo pregunto: ¿Puede Dios confiar sus riquezas, su "libro de cheques", su "firma", a ti? Esto debe ser resuelto primeramente. Luego podrás usar su Nombre libremente. Sólo entonces "todo lo que atéis en la tierra será ligado en los cielos". Entonces, por haberse Él confiado a ti, podrás andar como un verdadero representante suyo en el mundo. Ese es el fruto de la unión con el Señor.

¿Es nuestra unión con el Señor tal que Él se comprometerá a participar en lo que estamos haciendo? Parecería, a veces, ser muy riesgoso para nosotros, aventuramos teniendo como garantía sólo las promesas

de Dios. El asunto es: ¿Nos apoyará Dios? ¿Podrá ayudarnos?

Quiero delinear brevemente cuatro puntos fundamentales con respecto a la obra a que Dios podría comprometerse. Lo primero que necesitamos es una clara revelación a nuestros corazones del eterno propósito de Dios. Sin esto no podremos avanzar. Si yo trabajo en una construcción, aunque sea como obrero raso, tengo que saber qué es lo que se va a edificar; si ha de ser casita, o un galpón, o un palacio. Tengo que ver el plano, de otra manera no puedo ser un obrero inteligente. Para muchos la salvación de almas es la obra primordial de Dios, pero esto nunca puede ser una actividad aislada. Tiene que ser integrada al plan total, porque no es, al fin de cuentas, sino el medio para lograr el fin. El fin u objetivo de Dios es la preeminencia de su Hijo, y el evangelismo tiene por fin salvar a los hijos entre los cuales Él ha de ser preeminente.

En el tiempo de Pablo cada creyente tenía una función relacionada íntimamente con el eterno propósito de Dios (véase especialmente 4:11-16). Eso no debería ser menos cierto hoy. Los ojos de Dios se vuelven hacia el reino venidero. Lo que hoy conocemos como cristianismo pronto tendrá que ceder lugar a otra cosa: el gobierno soberano de Cristo. Pero, como sucedió con el reino de Salomón, también ahora hay un período previo de guerra espiritual, representado por el reinado de David. Dios está buscando a los que cooperarán con El hoy en esa guerra preparatoria.

Es un asunto de afinidad de propósitos; de mis propósitos con los eternos propósitos de Dios. Toda obra cristiana que no esté identificada así, es fragmentaria y disyuntiva, y al fin no llega a nada. Debemos buscar de Dios una revelación expresa a nuestro corazón por su

Espíritu Santo a fin de entender cuál sea "el designio de su voluntad" (ver 1:9-12), y luego preguntamos si nuestra obra está relacionada con ella. Una vez resuelto este punto, los detalles acerca de la dirección cotidiana se solucionarán a sí mismos.

En segundo lugar, toda obra efectiva que logra los propósitos de Dios, tiene que ser concebida por Dios. Si nosotros planeamos una obra y luego pedimos a Dios su bendición, no podemos esperar que Dios se comprometa a Sí mismo en ella. El Nombre de Dios nunca puede ser un simple sello que autorice la obra concebida por nosotros. Es cierto que puede haber bendición sobre lo que hacemos, pero será parcial y no completa. No podremos decir que fue hecho "en su Nombre", sino desgraciadamente, ¡en nuestro nombre!

"No puede el Hijo hacer nada de Sí mismo". Con cuánta frecuencia leemos en los Hechos de las prohibiciones del Espíritu Santo. Leemos en el capítulo 16 cómo a Pablo y a sus acompañantes "les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia", y cómo en otra oportunidad "el Espíritu no les dejó". Sin embargo, éste es el libro de los hechos del Espíritu Santo, no de sus "inactividades". Muchas veces creemos que lo que importa es el "hacer". Debemos aprender a "no hacer", y a permanecer quietos ante El. Debemos aprender que si Dios no se mueve, no debemos atrevernos a hacerlo nosotros. Cuando hayamos aprendido esto, confiadamente nos podrá enviar a predicar en su Nombre.

Por lo tanto, me es necesario conocer la voluntad de Dios acerca de la obra que me corresponde, y debo emprenderla basado solamente en ese conocimiento. El principio que ha de regir al creyente en su labor es: "En el principio Dios . . ."

En tercer lugar, toda obra, para ser eficaz y poder continuar, tiene que depender de la potencia de Dios exclusivamente. ¿Qué significa poder? A menudo usamos esta expresión demasiado superficialmente. Decimos de alguno que es "un poderoso orador", pero es necesario preguntarnos qué poder está empleando. ¿Es poder espiritual o poder natural? Se está dando demasiado lugar en nuestros días al poder natural en el servicio a Dios. Debemos aprender que, si procuramos llevar a cabo una obra con nuestro propio poder, aunque Dios la haya iniciado, Él no se comprometerá en ella.

¿Me preguntas qué quiero decir con poder natural? Sencillamente, es lo que podemos hacer sin la ayuda de Dios. A veces damos a una persona la responsabilidad de organizar y planear una campaña de evangelización o alguna otra actividad cristiana porque, por naturaleza, es buen organizador. Pero siendo así, ¿cuánto empeño pondrá en la oración? Si está acostumbrado a confiar en sus dotes naturales, probablemente no sentirá necesidad de clamar a Dios. Nuestra gran dificultad es que hay muchas cosas que podemos hacer sin la necesidad de confiar en Dios. Es necesario alcanzar el punto en que no nos atrevamos a hacer, ni a hablar, salvo en consciente y constante dependencia en Él.

Esteban cuenta de Moisés que, luego de ser educado en la sabiduría egipcia, era un hombre "poderoso en sus dichos y hechos" (Hch. 7:22). Pero después de haberle educado Dios, Moisés tuvo que decir: "¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra ni antes, ni desde que Tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua" (Ex. 4:10). Cuando un orador llega al punto que dice: "No sé hablar", ha aprendido una lección fundamental y está en camino de

poder ser usado por Dios. Ese descubrimiento encierra una crisis y después un proceso que dura por toda nuestra vida, ambas cosas sin duda encerradas en la afirmación de Lucas: "bautizados en el Nombre" (Hch. 8:16; 19:5). Esta expresión señala a todo nuevo creyente la necesidad de un conocimiento básico de la muerte y resurrección de Cristo en su relación con su viejo hombre. De una u otra manera, en nuestra vida con Dios, debemos experimentar su mano mutilante quitándonos las fuerzas naturales, para que quedemos afirmados solamente sobre el plano de la vida de resurrección en Cristo, donde la muerte ya no ejerce más su influencia. Después, el círculo se irá extendiendo hasta abarcar nuevas esferas de nuestras propias energías, sometiendo éstas también a los efectos mortíferos de la Cruz. El camino es difícil y doloroso, pero es el camino preparado por Dios para una vida y ministerio fructíferos, pues le otorga las condiciones que Él necesita para poder apoyar lo que hacemos en el Nombre de su Hijo.

Muchas veces hoy día, en la obra de Dios, las cosas están ordenadas de tal modo que no hay necesidad de confiar en Dios. Pero el veredicto divino es intransigente: "Sin mí nada podéis hacer". Lo que el hombre hace aparte de Dios es madera, heno y hojarasca, y cuando se lo haya sometido a la prueba de fuego encontraremos que había sido nada, porque la obra divina sólo se puede hacer con poder divino, y ese poder sólo se encuentra en Cristo. Nos es hecho disponible cuando conocemos la virtud de su resurrección por medio de la Cruz. Vale decir, es cuando verdaderamente hemos llegado al punto en que exclamamos: "No sé hablar", que encontramos que Dios está hablando. Cuando dejamos de obrar nosotros, comienza Él. Es así como el fuego en aquel día venidero,

y la Cruz ahora, efectúan la misma operación. Lo que no soporta la Cruz ahora no aguantará el fuego más tarde. Si mi obra, realizada en mi poder, pasa por la muerte, ¿cuánto me quedará? ¡Nada! Nada sobrevive la muerte de la Cruz sino lo que es enteramente de Dios en Cristo.

Dios nunca nos pedirá hacer nada que podamos hacer nosotros mismos. Él nos pide vivir una vida que nunca podríamos vivir, y hacer una obra que nunca podríamos hacer. Sin embargo, por su gracia, lo estamos viviendo y lo estamos haciendo. La vida que vivimos es la vida de Cristo llevada en el poder de Dios, y la obra que cumplimos es la obra de Cristo efectuada en nosotros por su Espíritu a quien obedecemos. El "yo" es el único impedimento a esa vida y a esa obra. Que de cada corazón surja esta súplica: "¡Oh Señor, encárgate de este "yo"!"

Finalmente, el propósito y meta de toda obra en que Dios puede identificarse tiene que ser Su propia gloria; lo que significa que nosotros nada sacamos de ella para nosotros mismos. Es un principio divino que cuanto menor sea la satisfacción personal que recojamos nosotros, mayor será el valor de esa obra para Dios. El hombre no tiene lugar para gloriarse en la obra de Dios. Ciertamente hay un gozo profundo y precioso en cualquier servicio que le satisfaga a Él y que le abra la puerta a El para obrar y no al hombre, pero sí, ese servicio tiene por finalidad "la alabanza de la gloria de su gracia" (1:6, 12, 14).

Una vez resuelto este punto entre nosotros y Dios, Él se comprometerá. Creo, verdaderamente, que El nos dará la razón de decir que está obligado a comprometerse. Nuestra experiencia en la obra en China nos ha demostrado esto que, si por algún motivo había dudas de que la obra fuera de Dios, encontrábamos que

Él no estaba muy dispuesto a contestar nuestra oración. Pero cuando alguna obra provenía enteramente de Dios, Él se comprometía de maneras maravillosas. Entonces es cuando, a plena obediencia a El, puedes hacer uso de su Nombre, y todo el infierno tendrá que reconocer tu derecho de hacerlo. Cuando Dios se compromete en alguna obra, se manifiesta en su poder para demostrar que está en ella y que es su mismo Autor.

EL DIOS DE ELIAS

Permítaseme citar, para concluir, una experiencia propia. Pocos años después de iniciar nuestra obra, tuvimos un período de fuertes pruebas. Eran días de desilusión y casi de desesperación. Teníamos razón, sin embargo, en creer que el Señor estaba con nosotros, pues, al finalizar uno de los años más difíciles, pudimos decir que, durante ese período, el Señor nos había dado unas setecientas almas realmente convertidas. Luego, terminado ese año, nos pareció haber llegado a un clímax.

En la China, los festejos de Año Nuevo se prolongan por unos quince días, y a más de ser un tiempo muy propicio para la realización de conferencias para creyentes, es la mejor época para predicar el Evangelio. Al buscar la voluntad del Señor, nos fue aclarado que deberíamos usar esos días para predicación, y fue así que programé llevar conmigo cinco hermanos en una gira de evangelización durante los 15 días a una isla cercana a la costa. A último momento otro hermano joven, que llamaré "Hermano Wu" se plegó al grupo. Sólo tenía dieciséis años de edad y se le había expulsado del colegio; sin embargo, recientemente se había convertido y podía apreciar un verdadero cambio

en su vida. Además, estaba muy deseoso de acompañarnos, de modo que, luego de cierta vacilación, consentí en llevarlo con nosotros. Ya éramos entonces un total de siete.

La isla era bastante grande; había un pueblo principal de unas seis mil casas. Escribí con anticipación a un ex-compañero mío de colegio que estaba como director de la escuela pidiéndole alojamiento para esos quince días. Sin embargo, cuando llegamos en la oscuridad de la noche, sabiendo que veníamos para predicar el Evangelio, rehusó alojarnos. Seguimos buscando entre la población algún lugar donde posar, y al fin un herborista se compadeció de nosotros y nos albergó, permitiéndonos dormir en su altillo, haciendo nuestras camas de tablas y paja.

Poco después, ese herborista fue nuestro primer convertido. Aunque trabajamos sistemáticamente y con afán, y no obstante ser los pobladores muy corteses, tuvimos muy poco fruto y nos preguntábamos cuál podría ser la causa.

El 9 de enero salimos a predicar. Hablando el hermano Wu, y algunos otros, en uno de los barrios del pueblo, hizo de repente a la concurrencia esta pregunta: "¿Por qué es que ninguno de ustedes quiere creer?"

La contestación vino en seguida: "Tenemos un dios, Ta-wang [que quiere decir: "Gran Rey"], y nunca nos ha fallado. Es un verdadero dios."

"¿Cómo saben ustedes que pueden confiar en él?", preguntó Wu.

"Hemos celebrado la procesión todos los años desde hace 286 años. El día indicado se nos revela por adivinación, y cada año sin excepción su día ha sido perfecto, sin lluvia ni nube", fue la respuesta.

"¿En qué día corresponde hacer la procesión este año?"

"Está fijado para el día 11 a las 8 de la mañana."

"Bien", contestó impulsivamente el hermano Wu. "Les prometo que lloverá el día 11."

En seguida hubo un alboroto entre la concurrencia y dijeron: "¡Basta! No queremos escuchar más prédica. Si llueve el 11, ¡vuestro Dios es Dios!"

Yo me encontraba en otra parte de la villa cuando esto ocurrió, y al enterarme me di cuenta que era algo muy serio. Rápidamente se difundió la noticia, y muy pronto más de veinte mil personas sabían del asunto. ¿Qué hacer? Dejamos en seguida de predicar y nos dedicamos a la oración. Pedimos al Señor que nos perdonara si nos habíamos extralimitado. Debo confesar que orábamos muy seriamente. ¿Qué habíamos hecho? ¿Nos habíamos equivocado, o podíamos pedir a Dios un milagro?

Cuanto más se desea de Dios una contestación, mayor es el deseo de estar en buenas relaciones con Él. No debía existir duda de nuestra perfecta comunión con Él, y de que no había sombra intermedia alguna. No nos importaba ser echados de la isla, Si habíamos hecho algo malo; no podemos obligar a Dios a participar en algo que no sea Su voluntad. No obstante, eso resultaría en el fin del testimonio del Evangelio en aquella isla, y el dios Tawang seguiría en su lugar. ¿Qué haríamos? ¿Abandonaríamos ya?

Hasta ese momento habíamos tenido miedo de pedir que lloviese, pero como un relámpago me vino una voz:

"¿Dónde está el Dios de Elías?" Se manifestó con tanta claridad y poder que supe que provenía de Dios. Con confianza dije a los hermanos: "Tengo la respuesta.

El Señor va a mandar lluvia el día 11." Juntos le agradecemos, y llenos de alabanza, salimos —los siete— a contar a todos. Podíamos aceptar el reto del diablo en el Nombre del Señor y no teníamos miedo de proclamar nuestra confianza.

Esa noche el herborista hizo dos observaciones. Sin duda, dijo, Ta-wang era un dios poderoso: el demonio estaba con ese ídolo y la fe de esa gente no carecía de fundamento. Pero también, si buscábamos una explicación humana, podíamos recordar que todo este pueblo se dedicaba a la pesca. Los hombres pasaban dos o tres meses en alta mar ocupados pescando, y el día 15 saldrían otra vez. Ellos eran los más indicados, por su experiencia, para saber cuándo no llovería, aun con una anticipación de dos o tres días.

Esto nos turbó un poco, y a la hora de la oración esa noche todos pedimos que lloviera en seguida. Pero en lugar de lluvia vino una fuerte reprensión del Señor; "¿Dónde está el Dios de Elías?" ¿Habíamos de luchar nosotros, o descansaríamos en la victoria ganada por Cristo? ¿Qué había hecho Eliseo cuando exclamó esas palabras? Había reclamado que se cumpliera en su propia experiencia el mismo milagro que había hecho Elías, el que ya estaba en gloria. En palabras propias del Nuevo Testamento diríamos que se había afirmado, por la fe, en la obra terminada. Confesamos de nuevo nuestro pecado. "Señor", dijimos, "no necesitamos la lluvia hasta la mañana del día 11."

Al día siguiente (el 10), fuimos a una isla cercana para anunciar allí las Buenas Nuevas. El Señor nos acompañó y ese día tres familias se convirtieron, confesando a Cristo públicamente y quemando sus ídolos. Volvimos a nuestra posada tarde, cansados pero

gozosos. Habríamos de poder dormir hasta tarde del día siguiente.

Me desperté viendo los rayos del sol penetrando por la única ventana del altillo. "¡Pero esto no es lluvia!", dije. Ya eran las siete. Me levanté y, arrodillándome, oré: "Señor, te ruego que, por favor, mandes la lluvia". Pero nuevamente vinieron a mi mente las palabras: "¿Dónde está el Dios de Elías?" Humillado, bajé a la planta baja en silencio ante Dios. Nos sentamos a la mesa para el desayuno —éramos ocho en total, con el dueño de casa—, todos muy callados. No se veía nube en el cielo, pero sabíamos que ahora Dios se había comprometido. Al inclinar las cabezas para dar gradas por la comida, dije: "Creo que la hora ha llegado, la lluvia tiene que venir. Podemos referirlo al Señor." Tranquilamente lo hicimos, y esta vez vino la respuesta, sin son de represión.

"¿Dónde está el Dios de Elías?" Antes de expresar nuestro "amén", oímos las primeras gotas que caían sobre el tejado. Mientras comíamos nuestro plato de arroz y se nos servía el segundo, lloviznaba. "Demos gracias", dije, y esta vez pedimos a Dios lluvia más intensa. Al comer el segundo plato, llovía a cántaros. Cuando concluimos el desayuno, las calles estaban ya inundadas y los tres escalones a la entrada de la casa estaban cubiertos.

Pronto supimos lo que había ocurrido en el pueblo. Al caer las primeras gotas, algunos de los más jóvenes empezaron a decir abiertamente: "Hay Dios. No hay más Ta-wang. La lluvia le impide salir." Pero no fue así, lo sacaron en su silla de manos, pues él haría cesar la lluvia. Fue entonces cuando empezó a llover más intensamente. Luego de pocos pasos tres de los portadores tropezaron y cayeron. Cayó la silla y con ella

Ta-wang, fracturándose la mandíbula y el brazo izquierdo. Porfiados, hicieron algunas reparaciones de emergencia y le volvieron a la silla. Entre resbalones y tropezones lo condujeron la mitad del camino alrededor del pueblo; el agua los venció. Algunos de los ancianos del pueblo, hombres de sesenta a ochenta años de edad, sin sombreros ni paraguas como lo exigía su fe en el buen tiempo de Ta-wang, habían caído y estaban maltrechos. La procesión fue suspendida y el ídolo conducido a una casa. Los adivinadores explicaron el fracaso: "Este no es el día. El festival es para el 14, y la procesión a las 6 de la tarde."

Tan pronto como lo oímos, tuvimos la seguridad de que Dios enviaría lluvia a la hora indicada. Nos entregamos a la oración, pidiendo a Dios: "Señor, envíanos lluvia el día 14 a las 6 de la tarde, y que tengamos hasta entonces cuatro días de buen tiempo." Esa tarde el cielo se limpió y hubo una concurrencia atenta en las reuniones de predicación. El Señor nos dio treinta convertidos —si, realmente convertidos— en el pueblo y en la isla durante esos tres días. El día 14 se presentó hermoso y tuvimos buenas reuniones. Al acercarse la noche nos juntamos y, nuevamente, a la hora establecida presentamos el caso tranquilamente ante el Señor. Su respuesta vino sin un minuto de atraso y, como anteriormente, en lluvia torrencial e inundación.

Al día siguiente se cumplió nuestro plazo y tuvimos que regresar. No pudimos volver a esa isla; pero lo interesante es que el poder de Satanás en ese ídolo fue destruido, y eso es lo que vale a la luz de la eternidad. Ta-wang ya no era más "un dios poderoso". La salvación de almas seguiría, pero eso no era sino el resultado de aquella verdad eterna y vital.

Esta experiencia dejó en todos nosotros una impresión imborrable. Dios se había comprometido y nosotros habíamos gustado la autoridad de ese Nombre que es sobre todo nombre: el Nombre que ejerce poder en los cielos, en la tierra y en el infierno. En esos pocos días supimos lo que es estar, como suele decirse, "en el centro de la voluntad de Dios". Esas palabras no eran ya vagas y difusas; describían una experiencia que nosotros mismos habíamos atravesado. Se nos había concedido un pequeño vistazo de lo que constituía "el misterio de su voluntad" (1:9; 3:10). Caminaríamos muy cuidadosamente el resto de nuestras vidas. Años más tarde me encontré con el hermano Wu. No lo había visto por mucho tiempo y entretanto había ingresado como piloto de aviación. Al preguntarle si todavía seguía al Señor, me dijo: "Señor Nee, ¿piensa usted que después de cuanto experimentamos, me sería posible apartarme del Señor?"

¿Vemos ahora el significado de "estar firmes"? No debemos procurar de ganar terreno; sencillamente nos afirmamos sobre el terreno que el Señor ya ha conquistado y rehusamos ser movidos de él. Cuando nuestros ojos son abiertos y vemos a Cristo como nuestro Señor triunfante, entonces la alabanza fluye libremente y sin tropiezo. Cantando y alabando al Señor en nuestros corazones, dando gracias por todo en su Nombre (5:19, 20). La alabanza que es fruto de esfuerzo tiene siempre una nota pesada y disonante, pero la alabanza, que surge espontáneamente del corazón que descansa en el Señor, tiene un aire diáfano y dulce.

La vida cristiana consiste en estar sentados con Cristo, andar con Él y estar firmes en Él. Comenzamos nuestra vida espiritual descansando en la obra consumada de Cristo. Ese reposo es la fuente de

recursos para un andar estable y sin fluctuar en este mundo. Y al fin de difícil lucha con las huestes del mal, nos encontramos con Él en posesión triunfante del campo de batalla.

"A Él sea la gloria por siempre jamás."